

mundo gráfico

Miércoles, 24 de Febrero de 1937

AÑO XXVII
Número 1321
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

30
CTS

OBUSES SOBRE BARCELONA

El público barcelonés, en torno a ese árbol cortado de cuajo por un disparo de cañón, comenta emocionadamente la caída de algunos obuses sobre las calles y las casas de la ciudad

(Fot. Torrents)

(Más información en el interior del número)

OBUSES SOBRE BARCELONA

Todos los periódicos han traído la noticia, en uno de estos días últimos: sobre Barcelona han caído varios proyectiles de cañón, disparados desde un buque rebelde. La guerra ha dado así un nuevo y fuerte aldabonazo a las puertas de la gran ciudad. Su crueldad ha hecho acto de presencia, como para advertir a los que viven lejos de los frentes que la lucha puede llegar también hasta allí.

Arboles tronchados, boquetes en los muros, lluvia de cristales y piedras sobre el suelo... La guerra dice también su dramático «aquí estoy» a las ciudades que viven alejadas de la violenta vibración de los frentes. La guerra interrumpe sueños felices y obliga a hacer un alto en la tarea que en la lucha era casi la misma que en la paz. Si algún beneficio puede haber en el dolor, es lo que en él se encierra como reactivo para el coraje. El dolor es muchas veces un profundo estímulo sentimental, un acierto para el desquite. Así se ha podido decir, con motivo de la pérdida de Málaga, que esta tristeza dará nuevo ímpetu a la acción, redoblará el esfuerzo y actuará como un fuerte resorte en las acciones futuras. Esta es la lección del dolor.

Barcelona, al sentir ahora el zarpazo de la guerra a través de esos obuses caídos sobre algunas de sus calles y sus casas, comprenderá mejor en todo su dramático alcance el valor de las jornadas que Madrid está viviendo desde hace tres meses. Madrid conoce bien toda esa triste gama del dolor de la guerra: la bomba, el cañón, la escasez... Están tronchados muchos de sus árboles, y en sus casas hay agujeros tremendos, como enormes pupilas vacías. Hay edificios de los que apenas resta más que la armazón, y otros son montones de ruinas, en los que piedras, hierro y muebles se ofrecen en una dolorosa confusión. Hogares destrozados, vidas inocentes inmoladas al dios bárbaro de la guerra. Madrid conoce bien todo el dolor de la lucha.

Y todo este dolor, desde lejos, no se comprende bien. Esfuerzo de Madrid, resistencia de Madrid, heroísmo de Madrid... Hablan de ello las crónicas de guerra, las informaciones de los periódicos, las palabras inflamadas de los mítines. La lucha de Madrid llega así, al hombre de las otras ciudades, envuelta en retórica. Mas por mucho que hablen las referencias de los diarios y por muy expresivos que sean los documentos gráficos de las revistas, ese hombre de las ciudades alejadas de los frentes no comprenderá bien aquellas jornadas que Madrid está viviendo, dolorosamente, pero serenamente. La realidad supera a todo, y sólo viéndola de cerca, sintiéndola de cerca, puede comprenderse el valor exacto de lo que viene realizando la capital.

Ahora, ante esos zarpazos con que la guerra llama a las puertas de las ciudades que apenas han visto alterada su vida por la lucha, se sentirá mejor el mérito de Madrid y el deber de la ayuda a Madrid. Esta es la lección del dolor. Comprender, por el dolor propio, el dolor ajeno. Sentir, por las heridas propias, la magnitud de las ajenas heridas. Hay ciudades que escuchan ahora sobre sus calles el sobresalto trágico del cañón. Pero Madrid ha visto antes el drama en sus calles, en sus parques, en sus hombres, sus mujeres y sus chiquillos.

Esa frase de «la ayuda a Madrid» viene rodando por los periódicos hasta haberse convertido casi en un tópico. Ahora, por esas heridas sobre la carne de las otras ciudades, la ayuda a Madrid puede cobrar todo su verdadero alcance y toda su necesaria importancia. La aportación de las otras ciudades a la capital ha de dejar de ser un tópico de periódico y de mitin para convertirse en una realidad total y auténtica. Basta de retórica, de bellos propósitos que no se hacen eficacia. La hora exige una comprensión rigurosa de lo que el deber manda en estos momentos. Y en ese deber se alza, con relieve y fuerza de primer plano, Madrid, la capital.

Ayuda a Madrid. ¿Por retórica, por sentimentalismo, por gesto? Por justicia, por sentimiento y hasta por egoísmo. La capital, defendiéndose a sí misma, defiende a las ciudades hermanas. Es su blasón y su escudo al mismo tiempo. Madrid, al desangrarse en una lucha apasionada y trágica, lucha por las otras ciudades, por las que tierra adentro o junto al mar no tienen de la guerra la visión dramática que la capital tiene por propia experiencia dolorosa. Mejor comprensión del esfuerzo de Madrid, mejor ayuda a las necesidades de Madrid. Esta es la lección del dolor, ésta es la enseñanza de esos obuses que han caído ahora sobre la carne de las ciudades que vivían alejadas de la guerra.



Efectos causados en algunas calles y casas de Barcelona por los cañonazos disparados desde el mar por un barco rebelde (Fots. Torrents)

BARCELONA

La Policía de Cataluña organiza un Laboratorio técnico y de identificación, que estará a la altura de los mejores del mundo

En la organización policíaca ha sonado también la hora de la nueva estructuración. Al compás de la cruenta guerra en que vivimos los españoles, y de acuerdo con el ritmo acelerado que se viene imprimiendo en la retaguardia para la organización de la nueva España, se actúa en Cataluña para que al finalizar esta etapa revolucionaria se encuentre la Policía regional organizada y dotada de los más modernos medios para poderse desenvolver en la nueva máquina del Estado.

Las fuerzas de Orden Público en la causa antifascista

Las fuerzas de Orden Público de Cataluña vienen siendo dirigidas, desde los primeros momentos de la revolución, por elementos representativos de las organizaciones políticas y sindicales antifascistas. Han desfilado por los altos cargos de la Comisaría General destacadas figuras de la Esquerra, de la U. G. T. y de la C. N. T. Hombres de la competencia de Rodríguez Salas, comisario de Orden Público, perteneciente a la U. G. T., y de Dionisio Eroles, jefe de Servicios y veterano militante de la C. N. T., se encuentran al frente de las fuerzas del Orden Público en la región autónoma. Ambos, a pesar del sinnúmero de preocupaciones diarias, no han descuidado ni un momento los trabajos de reorganización de aquellas fuerzas, para el momento en que, finalizada la guerra, sea preciso poner en marcha todos los elementos con que cuenta el Poder público para el desarrollo de la vida normal del país.

Un hombre incansable

Para la nueva organización policíaca, los hombres que rigen los destinos de la Comisaría de Orden Público tuvieron la suerte de tener entre sus funcionarios un hombre de la competencia de José López Sagredo. Es un hombre incansable, a quien nosotros conocíamos desde hace años. La nefasta Dirección General de Seguridad le reconvino y castigó repetidas veces, especialmente durante la Dictadura, por el mero hecho de que estudiaba y combatía la organización deficiente y actua-

ción deplorable de la Policía española. Este funcionario ha sido encargado ahora por sus jefes para la organización del Laboratorio de Identificación y Técnica Policial de Cataluña.

Al servicio del pueblo

En un chalet de una céntrica vía barcelonesa ha quedado instalado el nuevo Laboratorio policíaco. Al visitarlo, quedamos verdaderamente sorprendidos. En nuestras lecturas, y a través del cinema, conocíamos la organización y actuación de la Policía de otros países, especialmente de la londinense y norteamericana. Pues bien: esta primerísima rama de la nueva organización policial catalana podemos asegurar, sin titubeos, que nada tendrá que envidiar a ninguna otra organización similar. El Laboratorio de Identificación y Técnica Policial de Cataluña ha sido instalado, con abundante material, a la par que moderno, para que se puedan obtener del mismo los máximos rendimientos.

López Sagredo, que desde años venía especializándose en estas actividades de la carrera policíaca, tiene ahora ancho campo para desarrollar sus estudios y ponerlos al servicio del pueblo. El edificio tiene diversas secciones: Laboratorio de Química y de Biología, de Dactiloscopia y de Fotografía, contando con modernos aparatos para los análisis e investigaciones

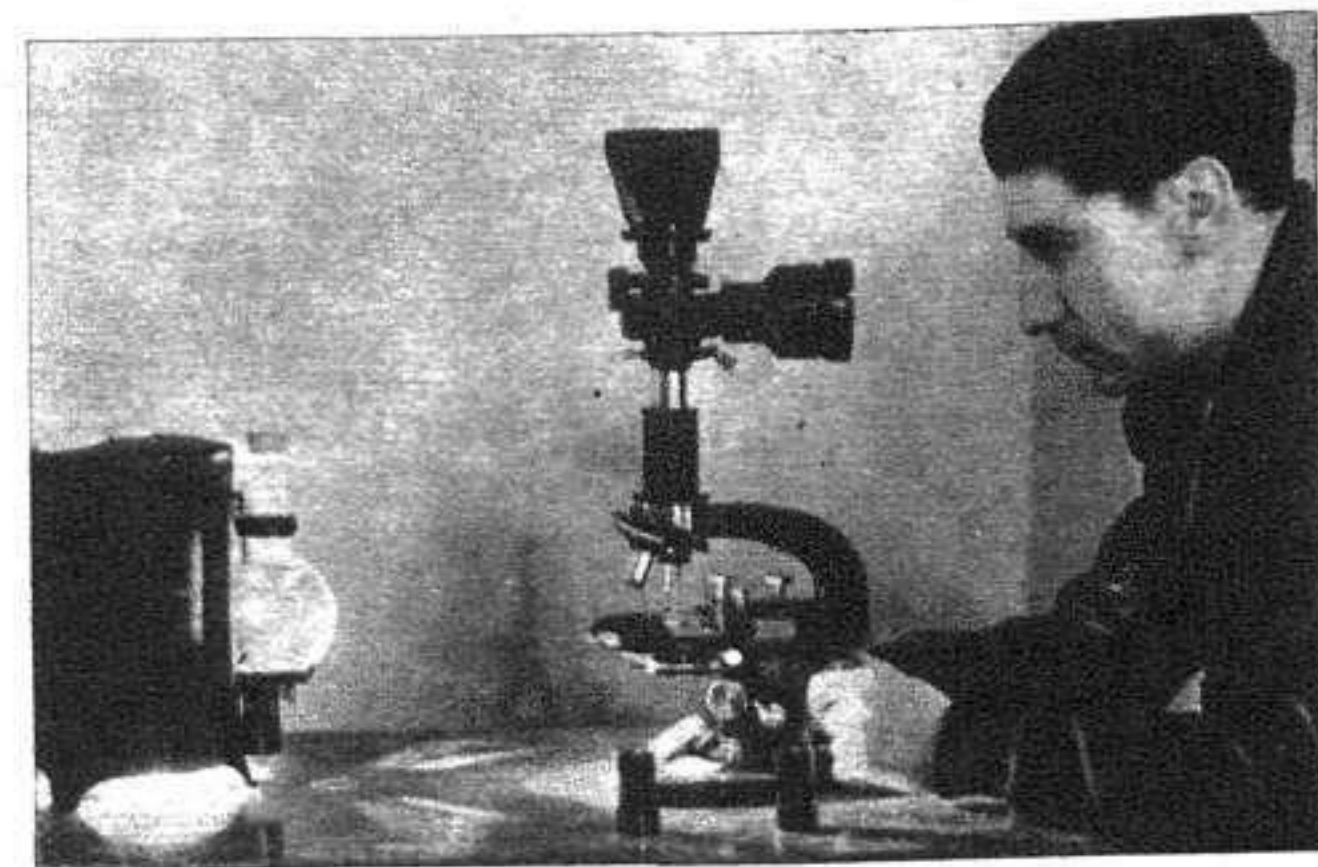
Museo de Armas y Criminológico

Se ha instalado también un Museo de armas de fuego y blancas, como elemento para completar los estudios e investigaciones. En este Museo pueden admirarse más de quinientos ejemplares, algunos de ellos de verdadero mérito artístico e histórico. Se guarda allí un arcabuz chino del siglo XVIII, una colección de trabucos catalanes, varias pistolas corzas y una colección casi perfecta de espadas, espadines y dagas de los siglos XV al XIX.

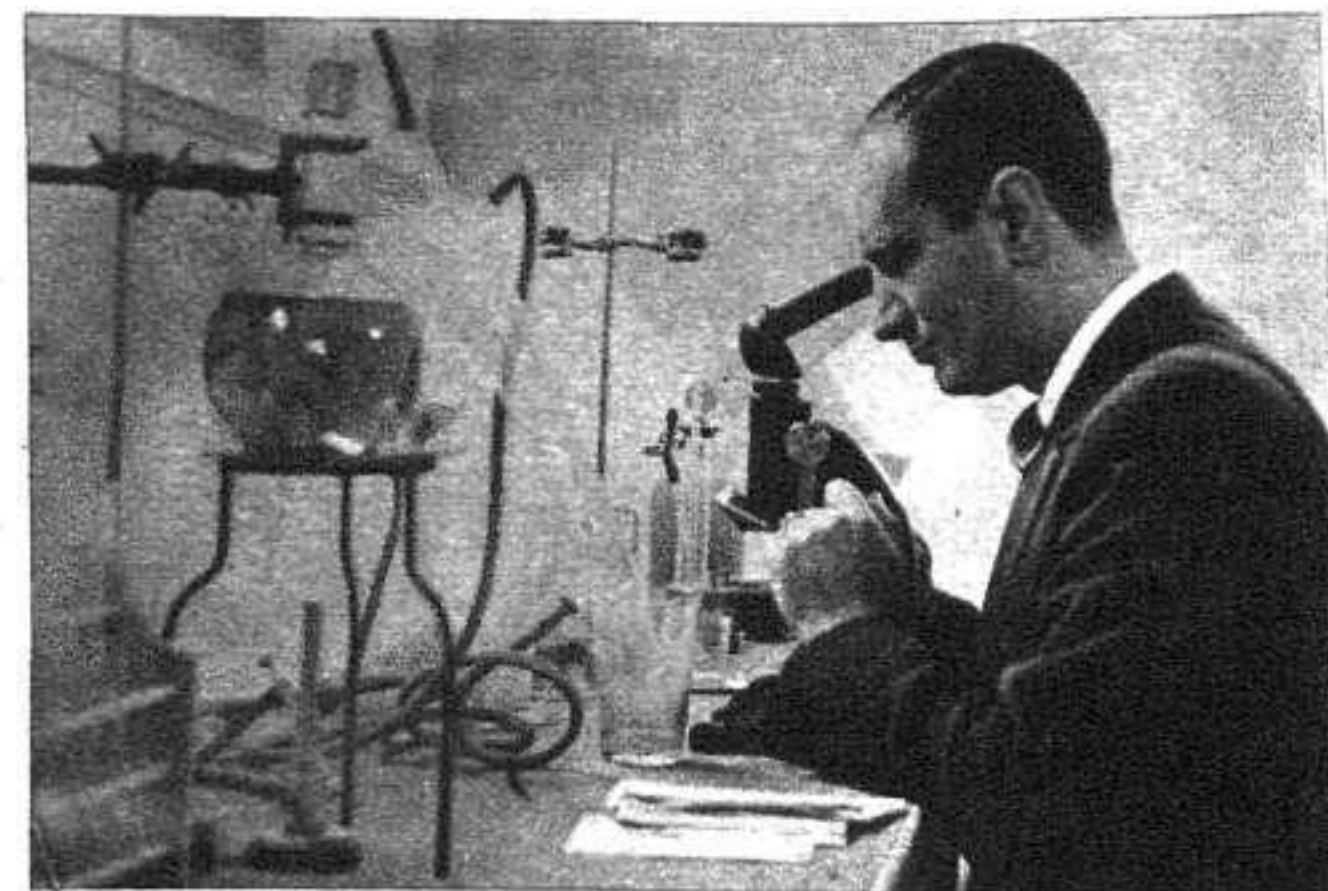
López Sagredo, secundado por el competente personal que actúa a sus órdenes, está formando el Museo Criminológico para estudio particular del personal policíaco.



Dionisio Eroles, destacado militante de la C. N. T. y jefe superior de los Servicios de Orden Público, ha puesto un gran entusiasmo en la organización de este Laboratorio



El Laboratorio cuenta con los más modernos aparatos microscópicos



El trabajo en el Laboratorio de Investigaciones Químicas



El revelado en el taller fotográfico



La organización de los ficheros del Laboratorio (Fots. Torrents)



Una de las vitrinas del Museo de Armas



Otro rincón del Museo de Armas

Ya no se ficha por sospecha

En Cataluña ha quedado desterrada aquella triste costumbre de la Policía en que por el mero hecho de haber sido detenido, por sospecha o por capricho de un agente, al pasar por el centro policíaco quedaba uno fichado, haciéndose constar tal o cual sospecha contra el que estuvo arrestado.

López Sagredo nos explicó que actualmente se ficha tan sólo a los que ingresan en el Preventorio Judicial o en la cárcel bajo el peso de una inculpación judicial.

Cuanto han querido regenerarse han tenido ocasión de hacerlo. La Policía les ha entregado sus fichas, para que no quede ni el recuerdo de su vida pasada. En la nueva sociedad tienen el camino abierto para que con su esfuerzo y trabajo personal puedan ayudar a la reconstrucción del país.

Que no crean, no obstante, los malhechores profesionales que por el hecho de que no existan ya sus antecedentes podrán un día campear por sus anchas y con sus fechorías perturbar la vida del país naciente. La nueva Policía, organizada por los mismos hombres de la Revolución y dotada mejor que antes, les perseguirá inexorablemente. Ahora más que antes deberá extirparse de raíz cuanto signifique un mal para la nueva sociedad.

J. AYMAMI-SERRA

EL BOSQUE EN LLAMAS

EL ARTE LITERARIO, EN FALTA

La literatura sigue en la calle. Quiere decirse que los un tiempo tristemente famosos carritos cargados de libros siguen poblando las calles madrileñas. Y hay «colas» ante ellos, como ante cualquier puesto de vituallas. Se venden libros, muchos libros. En los quioscos de periódicos han salido a relucir los restos de las más viejas ediciones de Sopena y Maucci, las novelas de Sue y de Dumas, las traducciones de las obras que la guerra europea hizo famosas. Se vende todo, se agota todo. En los carritos no quedan más que los autores casi anónimos, los desdeñados de la Fama.

Hay, indudablemente, una gran avidez lectora. ¿La causa? La guerra, obsesión de todos, necesita compensación, antídoto en ciertos momentos, anestesia de palabras que hagan olvidar un poco la realidad. Se están agotando los «fondos» de las librerías opulentas, las reser-

vas de los tenderetes que venden volúmenes usados. Hay un afán de devorar letra impresa.

Y hay también, es necesario decirlo, una penuria absoluta de producción. Más aún: carencia absoluta, colapso total de la industria editorial. ¿Cuánto tiempo hace que no se publica un libro nuevo? Concretamente: no se ha publicado todavía ningún libro que en su intención, en su concepción, en su enjundia, rime con la pasión, con la grandeza, con la intensidad y la verdad dramática de las horas que está viviendo España. Ni siquiera se ha intentado, aunque fuera dentro de límites modestos, ir haciendo la crónica de la gesta popular, recogiendo en caliente, en vivo, sus más destacados episodios. No se hacen libros de la guerra. ¿Dónde están los novelistas, los exégetas, los pequeños historiadores de estas horas sangrantes y únicas de España?

No hablemos de los periodistas. Harto tienen con el difícil afán de cada día; son soldados en activo sometidos, como todos, a la rigidez de la disciplina; tienen sus consignas que cumplir, y no puede pedírseles más.

Pero el libro tiene otra categoría, otra independencia; para el arte literario no hay restricciones; el novelista, el historiador, tienen libres todos los caminos. Y, sin embargo, no se publican libros, no se ordenan historias que vayan recogiendo, con toda su emoción caliente de actualidad viva, los episodios de la guerra, las anécdotas que al periodismo escapan, y que son en el momento, y serán aún más en el futuro, los documentos más expresivos y fieles de la guerra.

O el arte literario español era de tan blandengue contextura que, atrofiado en los pobres temas eróticos y en las minúsculas comedias domésticas, no es capaz de vibrar, de resistir la convulsión gigantesca y trágica de la guerra, o el arte literario español está pecando de cobardía.

O incapaz o pusilánime hay que considerar al arte que cuando un pueblo se sangra en la conmoción más intensa de su Historia, no sabe responder a la grandeza de los momentos que vive su pueblo. ¿Qué se ha hecho de los novelistas, de los ensayistas, de los literatos, que tan pródigamente antes hacían gemir las prensas y se disputaban el sitio en los escaparates de las librerías?

Pese a las dificultades de la guerra, nadie ha interrumpido sus tareas; aun bajo el fuego y la metralla trabajan los campesinos, los artesanos, los metalúrgicos, los médicos, las mujeres. No trabajan los literatos; están en huelga de expectación, de timidez o de incapacidad, los escritores. No se publican libros. Se está esperando con avidez al poeta, al novelista, al historiador, aun al auténtico cronista de estas horas trágicas de España.

Triste, amarga verdad. Salvando a los que, agobiados por el afán de cada día, están en las trincheras del periodismo, el arte literario español está en falta, en descubierto con la hondura dramática, con la responsabilidad y el significado de estas horas de España.

No se diga que «los árboles no dejan ver el bosque»; que no hay tiempo aún para el examen sereno de los acontecimientos; que falta perspectiva. Rutinas del oficio, que hay que desdeñar en las circunstancias graves.

Lo que sucede es que el bosque está en llamas. Y son legión todavía los que por señoritismo, por cuquería, por incapaces o por cobardes, no se atreven a ser o leñadores o bomberos.

JUAN FERRAGUT



BARCELONA EN FAVOR DE UN NUEVO "KOMSOMOL"

Un aspecto de la sala del Gran Price durante el acto de homenaje a la U. R. S. S. y en favor de la construcción de un nuevo «Komsomol». Fué presidido este acto por el señor Companys y por el cónsul de la Unión Soviética (Fot. Torrents)

Los mercaderes de la muerte

Cuando Inglaterra abastecía al país que era enemigo suyo en la guerra

Los «stocks» ingleses salvaron a Alemania del hambre y del agotamiento

...Y mientras, soldados británicos morían en las trincheras de Flandes

TANTO como de los fusiles y de los cañones, la guerra depende de la industria, de las materias primas y del oro. Ya en los comienzos de nuestra lucha civil hubo una voz autorizada que señaló antes que nadie—y ha reiterado ahora—este aspecto olvidado o poco conocido muchas veces en las guerras, en las que sólo se suele ver su aspecto puramente militar.

Una guerra es sostenida por las armas. Pero lo es también por los víveres, por el carbón, por las ropas, por la gasolina... ¿Hubiera durado la lucha mundial lo que duró si se hubiera limitado al duelo estricto de las armas, si cada país se hubiera visto obligado a resistir únicamente con sus propios recursos comerciales y económicos? Para muchos, a la vista de informes y datos de rigurosa autenticidad, esta guerra hubiera podido terminar victoriosamente para los aliados *tres años* antes, por la angustia económica a que Alemania pudo haber llegado, y a la que no llegó precisamente por culpa de sus propios enemigos.

Un marino inglés, el vicealmirante Consett, agregado naval de Inglaterra en Dinamarca, ha llegado a escribir, a propósito de esto: «Nuestro comercio con los países neutrales vecinos de Alemania fué lo que permitió a nuestros enemigos su resistencia durante más de dos años y lo que pudo conducirnos al desastre.»

Ante el problema de una guerra larga

Al estallar la guerra, Alemania contaba con que su acción sería breve y decisiva. «Si no llegamos a París en treinta días, seremos derrotados», dijo un embajador alemán.

Pero entró Inglaterra en la lucha, y llegó la batalla del Marne. París no fué tomado. Surgió la perspectiva de una guerra larga, para la que, indudablemente, Alemania no estaba preparada. Ante esto, los Imperios Centrales se vieron en la necesidad de enfrentarse con un problema económico de enorme complejidad. Sus recursos no respondían ya a sus necesidades. No se disponía de los medios necesarios para sostener y vestir sus inmensos ejércitos, reponer sus municiones y asegurar la alimentación de la población civil.

Desde Diciembre de 1914, Alemania estaba vencida económicamente. Pero a partir de aquella fecha, aproximadamente, empezó a recibir por Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca las provisiones y las materias que necesitaba. Libres de la vigilancia de las flotas aliadas, las mercancías de toda clase destinadas a los países escandinavos, almacenadas en lugares seguros, estaban a cubierto de toda intervención de los beligerantes. «Han sido los *stocks* ingleses—ha escrito también el vicealmirante Consett—los que salvaron a Alemania del hambre y del agotamiento.»

Carnes, pescados, algodón, procedentes de Inglaterra, eran enviados desde Dinamarca a Alemania en trenes rápidos especiales. En estos trenes, además, el material era también inglés, y el carbón procedía de Cardiff.

Copenhague conoció en aquel tiempo un período de magnífica prosperidad. Se recibían provisiones abundantísimas, y los acaparadores se enriquecían vendiendo a Alemania cuanto le era necesario para continuar la guerra.

Y, sin embargo, a pesar de los informes que llegaban al Gobierno inglés, y a pesar de las estadísticas oficiales que demostraban la gran cantidad de productos en bruto y manufacturados que a diario entraban en Alemania, donde el desastre se evitaba merced a esta afluencia de recursos, Inglaterra no hizo nada para que cesasen estas exportaciones de sus súbditos. Se decía que no convenía disgustar a los clientes de Inglaterra, a los países neutrales que adquirían aquellos productos. En tanto, los comerciantes y los financieros de la City veían crecer fabulosamente sus fortunas.

Carbón inglés para las tropas alemanas

Morían soldados ingleses en las trincheras de Flandes. Y al mismo tiempo, hombres también de Inglaterra eran los que proporcionaban a Alemania los medios para seguir la lucha. Vieja verdad sabida: el oro no tiene entrañas.

Desde los primeros meses de 1915, Alemania no hubiese tenido carbón si el combustible inglés no hubiese

...Y mientras, los soldados ingleses caían en las trincheras de Flandes...

llegado en enormes cantidades desde los países escandinavos. Sólo en Septiembre de 1914 recibió Suecia 33.000 toneladas de carbón, de las que casi todas fueron adquiridas por los Imperios Centrales. Aquella cifra llegó a ser de 100.000 y hasta de 150.000 toneladas por mes. Por esto, el general Ludendorff, al negarse en Junio de 1917 a que se retiraran de sus ejércitos cincuenta mil hombres para que trabajasen en la cuenca minera del Ruhr, dijo:

—No hace falta debilitar nuestros ejércitos, puesto que ya los mineros ingleses trabajan para nosotros.

Aceite, algodón, té...

Carecía también Alemania de sustancias que, mediante la extracción de la glicerina, permiten la fabricación de explosivos. Esas sustancias se dan en países cálidos, como la India, el Egipto, el Africa Occidental... Y a través de Inglaterra y de los países escandinavos empezaron a llegar en cantidades enormes a Alemania. Las importaciones en Dinamarca, por ejemplo, se triplicaron, se cuadruplicaron con relación a las cantidades que se importaban antes de la guerra.

Y así con los lubricantes igualmente. Faltaba aceite para las grandes fábricas alemanas. «La falta de lubricantes conduce a Alemania a una rápida derrota», escribía, en Diciembre de 1915, el embajador de los Estados Unidos en Berlín a su Gobierno. Pero los barcos mercantes ingleses, protegidos por los navíos de guerra, empezaron a llevar aceite a Dinamarca. Los barcos alemanes les facilitaban el paso.

Y como con el carbón, los explosivos y los lubricantes, ocurrió con el trigo, con el algodón, con el cobre... Sin algodón no habría podido fabricar la nitroglicerina necesaria para sus explosivos, y sólo por esto Alemania se hubiera visto obligada a rendirse antes de seis meses.

El hecho de que la propia Inglaterra hiciese, en realidad, estos suministros a su enemiga fué tan evidente y llegó tan a lo vivo a algunos, que llegó a ser denunciado en la Cámara de los Comunes. Pero la Censura se impuso, y la opinión continuó ignorando lo que ocurría.

Un inglés, desde Copenhague, escribía esto a su país: «Tras del cacao y del café, ahora le toca el turno al té, del que están rebosantes todos los muelles de Copenhague. Acabo de pasearme por entre millares de cajas, y traigo de ello una impresión muy dolorosa. Este té, destinado a Alemania, procede de nuestras colonias. Y esto es absolutamente incomprensible.»

En las guerras, en las luchas de los pueblos, tras de los ideales y los afanes combativos, habrá siempre esta descarnada realidad de los comerciantes, de los mercaderes, que hacen de la muerte un negocio, aunque a veces ese negocio vaya contra la vida de sus propios hermanos.



PAN

"Cuando ni siquiera se ha empezado a racionarlo, no existe la amenaza de que llegue a faltar"...

El rumor malintencionado ha corrido por las «colas» alguna vez, azuzando los temores de las mujeres y excitando su propensión a acaparar contra los riesgos de una escasez posible, aunque produzcan así una escasez segura. «De un día a otro Madrid se quedará sin pan», dice aviesamente el rumor. Y pasa un día, y pasan muchos días, y lo que aquel rumor decía lo desmiente la realidad. Pero el rumor vuelve a decir lo mismo cotidianamente. Y hay que acogerlo, siquiera sea para dejar al desnudo su inoportunidad, como tema periodístico de vital importancia madrileña.

Madrid ha comido, durante seis meses de guerra, el mismo pan que en los tiempos de paz

Felipe García, el hombre que desde la Gerencia del Consorcio de la Panadería, al que llegó como secretario con la representación del Sindicato de Artes Blancas de la U. G. T., lleva sobre sí toda la responsabilidad del abastecimiento de pan en Madrid, con esa confianza en las soluciones obreras, pero también con esa prudencia al aplicarlas, que es distintivo de conducta en los «viejos» militantes del socialismo español.

—Al producirse la sublevación militar, siendo yo secretario del Consorcio, este organismo resultaba demasiado numeroso con sus representaciones patronales y obreras, por partes iguales, que impedían la agilidad de movimientos y resoluciones indispensable frente a la situación. Y a lograr esa agilidad respondió el acuerdo de sustituir el Consejo por una Comisión gestora, la que actúa hoy y de la que soy gerente, que ha venido ocupándose del abastecimiento de pan en Madrid desde aquella fecha; seis meses difíciles ya, en los que el pueblo madrileño ha consumido el mismo pan, el mismo en calidad y en cantidad, que en las épocas normales—dice Felipe García.

El mismo en calidad para todos; el mismo en cantidad



—En estos seis meses de guerra, Madrid ha consumido el mismo pan, en calidad y cantidad, que en las épocas normales...—dice al periodista el gerente del Consorcio Panadero...



para cada uno. Lo que obligó a un cuantioso aumento de producción, en la proporción en que la población madrileña aumentaba.

—Una de nuestras primeras disposiciones—sigue diciendo el gerente del Consorcio de la Panadería—fue la de que cada fábrica de harinas estuviese obligada a tener un depósito de trigo para dos meses, y harina, para uno, como mínimo, y cada tahona, de un vagón, o sea, cien sacos. Preveíamos que estábamos ante una guerra larga, que no iba a consentir ninguna prodigalidad. Y ante esa guerra necesitábamos conservar algunas reservas.

Felipe García no oculta que esas reservas se han consumido ya, si no en su totalidad, en gran parte.

—De ellas, casi exclusivamente, hemos comido hasta ya bien entrado el mes de Enero, cuando llevamos al convencimiento del Gobierno la necesidad de que se nos facilitaran los medios de transporte adecuados al volumen de trigos y harinas que exige el consumo de la fabricación panadera. Y con esos medios de transporte, aunque con menos capacidad de la que se pedía; con los medios de transporte que se nos pudieron facilitar, la producción de pan continuó normalmente, sin otras irregularidades que las que, en cualquier tiempo y en cualesquiera circunstancias, pueden originarse por avería en un taller o por ese rumor infundado, por ese bulo que alguien pone en circulación al servicio de sus intereses personales o de una particular tendencia, que hace a las familias duplicar su provisión un día, para tener que comer el pan duro al día siguiente, cuando ya el rumor ha cumplido su finalidad.

Para evitar una posible escasez de pan en Madrid hay que administrar el trigo severamente

—Y frente a ese rumor, para salirle al paso, ¿usted, el Consorcio, considera asegurado el abastecimiento de pan en Madrid?

—De momento, sí. En el porvenir espero que también. Contra nosotros están las vicisitudes de la guerra. Madrid se encuentra actualmente abastecido de toda clase de productos insuficientemente. Hasta ahora, todos los días ha sobrado pan. Pero no hay que olvidarse de la guerra. Y si cada madrileño, individualmente, viene obligado a no olvidarse de ella, el Consorcio de la Panadería, todos los organismos de Abastos, más aún han de tenerla presente al orientar y ordenar su actuación. Y mientras, para que la escasez de pan no llegue a presentarse, gestionamos la entrada de trigo en Madrid en cantidad superior, con mucho, a la capacidad de consumo madrileña, procuramos administrar severamente las existencias trigueras de que podemos disponer. Y hemos empezado a fabricar el pan moreno, en sustitución del pan blanco, porque podemos aprovechar así el trigo hasta obtener, con la misma cantidad que se empleaba en el pan blanco, diez y nueve mil kilos más de harina, lo que enriquece nuestras reservas en una considerable proporción. Pan moreno, menos apetitoso a la vista; pero, según el resultado de todos los análisis, más saludable y nutritivo.

Todavía, si la escasez de trigo fuera inevitable—que no lo es hoy—, se podría llegar a mezclarlo en la molitura con centeno o con cebada; con aquél, sin tasa, y

con la cebada, hasta un veintidós por ciento, según los informes obtenidos por el Consorcio de la Panadería.

—Pero ni habrá que llegar a esas mezclas, probablemente, ni siquiera a las restricciones o el racionamiento de pan que tantas poblaciones han aceptado sin protesta en tiempos de guerra, con un espíritu acaso no tan abundantemente dotado de virtudes heroicas como el de Madrid, y en circunstancias tal vez menos graves que las que ahora Madrid está viviendo. Si nos amenazase una escasez de pan, yo, desde el Consorcio, se lo advertiría francamente al pueblo. Porque esa escasez, sólo el pueblo, reduciendo todo lo posible su consumo, la podría atenuar. Pero mientras yo no se lo advierta, cuando ni siquiera se ha pensado en racionarlo, es que no se ha presentado esa amenaza—dice rotundamente Felipe García.

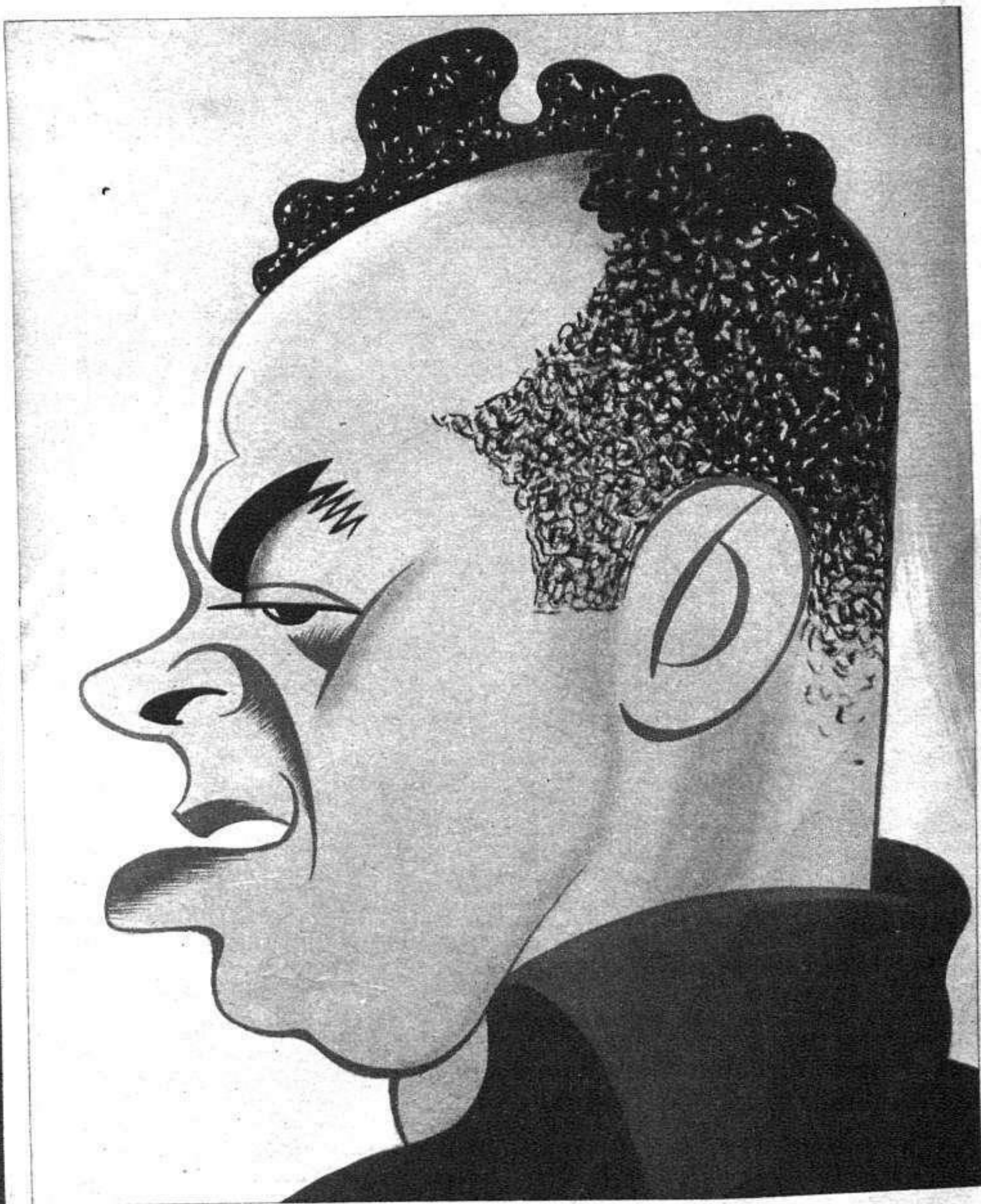
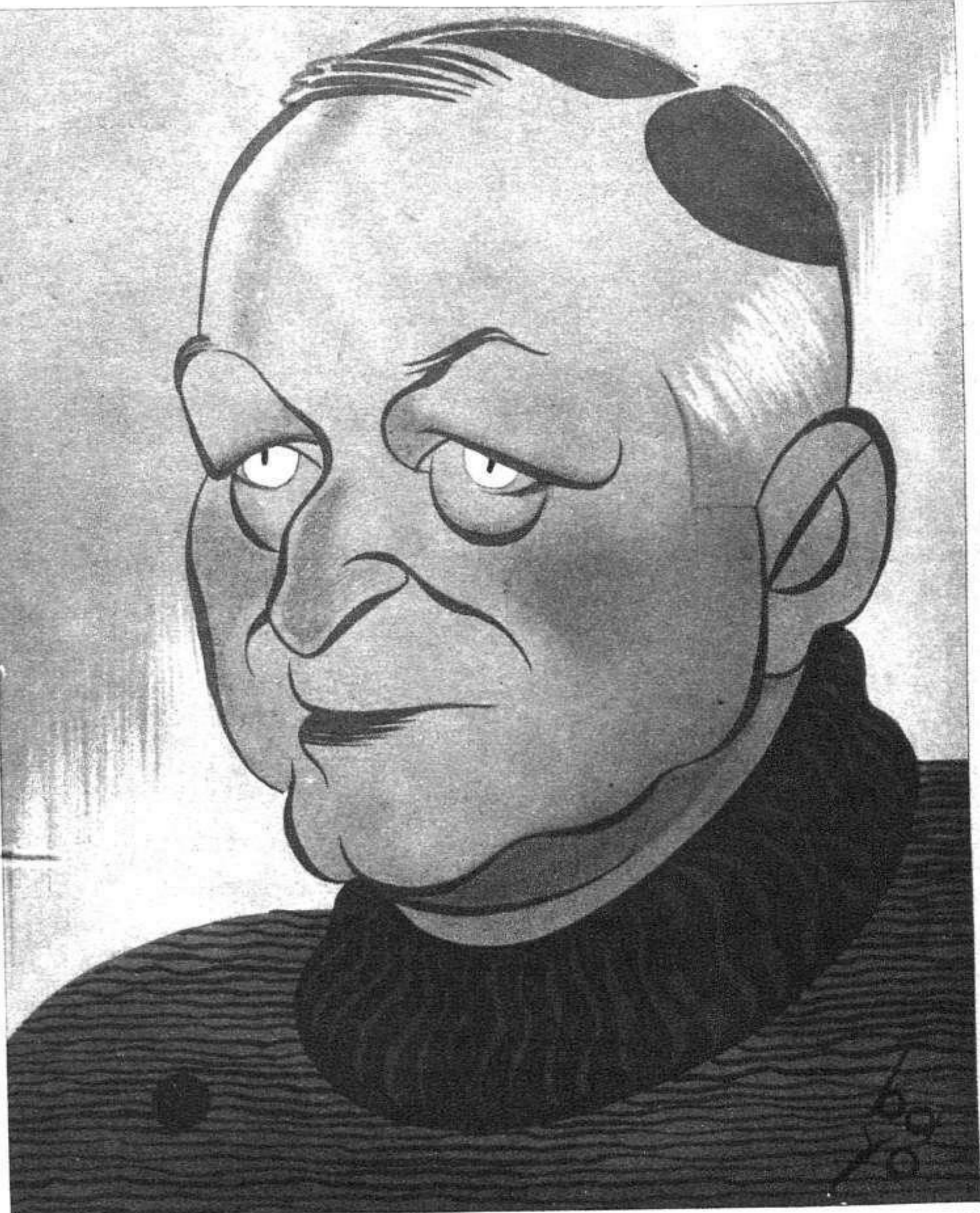
Y pone en su expresión, al decirlo, toda la autoridad de su inteligencia y de su voluntad, consagradas al servicio del cargo que para una voluntad peor templada o para una inteligencia menos aguda resultaría abrumador. Pero que a Felipe García aun le deja licencias para ir concretando ya en proyectos de líneas claras el porvenir de la industria panadera socializada, apenas, liquidada la guerra, España pueda volver a echar a andar.

José ROMERO CUESTA

Este número ha sido visado por la Censura



A medida que en Madrid, por exigencias de la guerra, aumentaba la población, aumentaba también en las tahonas la producción de pan... (Fots. Videá)



HOMBRES DE LA LUCHA

Arriba, a la izquierda: José Carreño España, delegado de Propaganda y Prensa de la Junta de Defensa de Madrid; a la derecha: Eladio Fernández Egocheaga, comandante general del Regimiento «El Socialista».---Abajo, a la izquierda: Coyetano Redondo, alcalde de Madrid; a la derecha: el comandante Carlos, del 5.º Regimiento

(Caricaturas de Bayo)

VALENCIA EXPRESA CALUROSAMENTE SU ADHESION AL GOBIERNO



La plaza de Castelar ofrecía este espléndido aspecto al paso de la manifestación celebrada en Valencia como expresión de solidaridad con el Gobierno



«Volveremos a los frentes de combate», dijeron en la manifestación los heridos de guerra



Entre los heridos del Hospital de Mislata que figuraron en la manifestación estaba el teniente coronel Francisco Golán



Los partidos políticos y las sindicales obreras pidieron en la manifestación el mando único y el servicio militar obligatorio



En la manifestación figuraron también las muchachas del Socorro Rojo Internacional
(Fots. Vidal Corella y Luis Vidal)



Una sala de la Exposición que ha organizado ahora en Valencia el Sindicato Textil

VALENCIA

Hacia un nuevo florecimiento de la valencianísima industria de la seda

Pastora Imperio y aquel traje de labradora cuya falda le costó tres mil pesetas

VALENCIA ha tenido durante muchos siglos un gran esplendor en la industria de la seda. Desde el siglo XIII, en que ya entonces estaba en su apogeo el arte de la seda, hasta hace pocos años, en que las sederías mecánicas de Lyon absorbieron la fabricación artística manual de la seda valenciana, este oficio era de renombre universal. Tenía gran fama Valencia en el arte de la seda.

Hoy, una de las esperanzas de la nueva era proletaria es la aspiración de que Valencia vuelva otra vez a brillar con aquella fama mundial que antes tuvo. Recientemente, el Sindicato de la Industria Textil Valenciana celebró una Exposición magnífica en el Colegio del Arte Mayor de la Seda. Su valor estaba en la riqueza de los artículos expuestos. Destacaba, sobre todos, uno tejido en oro, de colorido magnífico, cuyo valor era, además del artístico, enorme. Nada menos que su venta es de quinientas pesetas el metro. Claro que de esta tela se hacen pocos trajes, y quien se lo hace, o es un caprichoso capitalista extranjero o es una artista de gran valía.

Por ejemplo, Pastora Imperio, que se hizo de esta tela un traje de labradora valenciana. Sólo la falda le costó tres mil pesetas.

El origen de esta Exposición fué determinado por el Comité Industrial Sedero, órgano oficial que depende del Ministerio de Industria, dando cabida a un miembro

representativo de la industria textil valenciana en la Comisión del mismo enviada al Extranjero con el objeto de ver la manera de conseguir colocar los *stocks* existentes y abrir nuevos mercados para las sederías.

Al ver reunidas todas las muestras de las tapicerías y tejidos artísticos de fabricación valenciana, y vista la importancia de la misma, el Comité Unificado de la Industria Textil estimó conveniente improvisar una Exposición de los artículos para que la importancia de la industria fuera conocida por las autoridades y pueblo valenciano. Y esa importancia consiste en la riqueza y variedad de artículos, en su mayoría de fabricación a mano, sistema desterrado en la mayor parte del mundo, y que permite fabricar tejidos de un valor artístico incommensurable.

El secretario general del Sindicato Provincial Textil (U. G. T.) y consejero de Economía, José Izquierdo Barrachina, hace unas declaraciones sobre la industria textil valenciana.

—En la actualidad—dice—, nuestra industria, controlada por el Comité Unificado de la Industria Textil (U. G. T. y C. N. T.), está movilizada, en su parte mecánica, en la fabricación de artículos para el suministro de Guerra, con lo que hemos conseguido dar trabajo a más de mil obreros y cubrir las necesidades de Guerra. Se pagan alrededor de treinta mil pesetas semanales de jornales. Toda esta labor se ha podido conseguir, convertida



Tres bellas visitantes de la Exposición, con algunas de las sedas que en ella han figurado (Fots. Vidal Corella)

en realidad, debido al apoyo incondicional que tanto moral como económicamente nos ha prestado el delegado de Tesorería y Crédito, compañero Sorriles.

—¿Es de mucho alcance el viaje de propaganda que va a hacerse por Europa y América?

—Sí. El alcance es muy amplio, ya que lo que se persigue es dar a conocer nuestras manufacturas por todo el mundo, buscando mercados para que éstas sean fomentadas intensamente. Aparte este interés regional y artístico, perseguimos, por ser tejidos fabricados con primera materias nacionales (seda natural, en su mayor parte, y rayón), poder ofrecer al Gobierno de la República, genuina representación del pueblo que trabaja y al que hacemos presente nuestra incondicional adhesión, la mayor cantidad de divisas que nos sea posible, para con ellas cubrir las necesidades más perentorias en esta lucha por nuestra libertad. Pero nosotros solamente aspiramos a una pequeña parte del efectivo importe de nuestras manufacturas.

—¿Proyectos?...

—Muchos. Destacaré el de instalar una Escuela Textil, en la que de la juventud de hoy salgan los tejedores que mañana mantengan el nivel artístico de esta magnífica industria de la seda, que tan gloriosamente triunfó en todo el mundo, poniendo a gran altura el nombre y la fama de nuestra Valencia.

FAUSTO LAMATA



José Izquierdo Barrachina, secretario general del Sindicato Provincial Textil y consejero de Economía



González Canet, secretario general del Secretariado Provincial de la U. G. T. y delegado de Orden Público, con el consejero de Economía, José Izquierdo, y otros miembros del Comité Unificado de la Industria Textil (U. G. T. y C. N. T.)

Una conversación inédita con Federico García Lorca

Índice de las obras inéditas que ha dejada el gran poeta

AUN se resiste uno a creer en la evidencia de la muerte del gran poeta Federico García Lorca. El corazón, que no entiende de razones, se niega a aceptar como cierta una noticia que, desgraciadamente, no lleva camino de ser rectificad. Y, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, se van perdiendo los últimos asideros de esperanza, hasta desvanecerse totalmente.

Pocos días antes de la marcha de García Lorca a Granada tuvimos ocasión de hablar extensamente con el gran poeta. Por entonces quedó inédita aquella conversación, por propio deseo del ilustre autor de *Yerma*. Hoy ya no hay por qué callar lo que nos dijo. Mucho más cuando en aquella conversación está el índice de toda la labor terminada y comenzada, inédita hasta ahora. ¿Testigo de aquella conversación? Su abogado. ¿Su abogado? Sí. Porque Federico García Lorca tenía por aquellos días un pleito muy curioso, que hasta ahora no ha transcendido al público.

"Tienen; por eso no lloran..."

He aquí las palabras de Federico:

—No lo vas a creer, de puro absurda que es la cosa; pero es verdad. Hace poco me encontré sorprendido con la llegada de una citación judicial. Yo no podía sospechar de lo que se tratara, porque, aun cuando le daba vueltas a la memoria, no encontraba explicación a la llamada. Fui al Juzgado. ¿Y sabes lo que me dijeron allí? Pues nada más que esto: que un señor de Tarra-gona, al que, por cierto, no conozco, se había querrellado por mi romance de la Guardia Civil española, publicado hace ya más de diez años en el *Romancero gitano*. El hombre, por lo visto, había sentido de pronto unos afa-nes reivindicatorios, dormidos durante tanto tiempo, y pedía poco menos que mi cabeza. Yo, claro, expliqué al fiscal minuciosamente cuál era el propósito de mi romance, mi concepto de la Guardia Civil, de la poesía, de las imágenes, del surrealismo, de la literatura y de no sé cuántas cosas más.

—¿Y el fiscal?

—Era muy inteligente, y, como es natural, se dió por satisfecho. El bravo defensor de la Benemérita se ha quedado sin lograr su propósito de procesarme.

Esos lectores que echan baba...

—Tengo inéditos—nos dijo Federico—seis libros de versos, y todo mi teatro sin publicar. He recibido cartas de todos los editores de España proponiéndome la publicación de *Yerma* y otras obras mías; pero soy tan perezoso, que lo voy dejando de un día para otro sin decidirme a abordar la tarea.

—¿Títulos de esos libros?

—*Poeta en Nueva York*. Está terminado desde hace mucho tiempo. En multitud de sitios he leído fragmentos de él. Tendrá trescientas páginas, o algunas más. Será un tomo con el que se podrá matar a una persona tirán-doselo a la cabeza. Ya está puesto a máquina, y creo que dentro de pocos días lo entregaré. Llevará ilustraciones fotográficas y cinematográficas. Esos lectores que echan baba lujuriosa sobre *La casada infiel* porque sólo han visto en mi romance la sensualidad, se encontrarán defraudados con *Poeta en Nueva York*, que es un libro sobrio, en el que la parte social tiene una gran importancia.

Volúmenes de poesía

—¿Cuántos libros más tienes terminados?

—De poesía, cinco. Los libros de poesía se van haciendo siempre lentamente. El *Romancero gitano* tardó cinco años en publicarse. Además, yo escribo, no cuando quiero, sino cuando debo escribir. A veces, en los momentos más insospechados. Mientras se estrenaba *Doña Rosita o el lenguaje de las flores* yo estaba tranquilamente en mi cuarto del hotel terminando un libro de sonetos. Los títulos de esos cinco libros son: *Tierra y luna*, *Diván del Tamarit*, *Odas*, *Poemas en prosa*, *Y Suites*, un libro que he trabajado mucho, y con gran amor, sobre temas antiguos.

La revolución, el cante y el incesto, temas de teatro

—Y de teatro, ¿qué tienes terminado o en preparación? —¿Terminado? Un drama social, aún sin título, con intervención del público de la sala y de la calle, donde estalla una revolución y asaltan el teatro. Una comedia andaluza, de la vega granadina, con *cantaor*es—¡cuidado!, no una comedia flamenca al uso—y un drama que se titula *La sangre no tiene voz*. Esta última obra tiene por tema un caso de incesto. Y por si al saberlo se asustan los tartufos, bueno será advertirles que el tema tiene un ilustre abolengo en nuestra literatura desde que Tirso de Molina le eligió para una de sus magníficas producciones.

He aquí, reflejada fielmente, con las propias palabras del gran poeta, parte de aquella conversación. En ella queda un índice completo de la labor que ha dejado inédita García Lorca. ¿No cree el Ministerio de Instrucción Pública que sería conveniente hacer las gestiones oportunas para que esas obras, si quedaron en Madrid, sean conocidas de todos los españoles?

Nos parece éste el mejor homenaje que se podía rendir al novio de Marianita Pineda, víctima, como ella, de su amor a la Libertad.

A. O. S.



García Lorca, con Lola Membrives, admirable intérprete de «Bodas de sangre»

Los bastidores de la guerra Cómo durante la lucha mundial se crearon y lanzaron noticias falsas para desorientar al enemigo

Un laboratorio de mentiras

ANTE la amenaza de guerra que sobre Europa palpita, surgen en el recuerdo de todos aquellas jornadas de la lucha vivida por Europa hace veinte años. Por un lado, batallas, ruinas de ciudades, campos de lucha. Por otro, intriga, espionaje, toda esa labor callada de los bastidores de las guerras.

La historia de la guerra es conocida a través de sus hechos exteriores. Pero su parte íntima ha quedado en penumbra, apenas conocida para muchos que sólo recuerdan de la gran lucha sus batallas, sus generales, sus ríos ensangrentados y sus ciudades heroicas.

Entre esa parte menos conocida del gran público está la formidable labor de espionaje que todas las potencias llevan a cabo. Y entre esa labor, la del «Intelligence Service», de Inglaterra. Su organización, compleja y extensísima, logró triunfos magníficos.

No sólo era la busca de noticias ciertas, que pudieran ser útiles a las fuerzas combatientes, sino la difusión de noticias falsas que al ser conocidas por el enemigo pudieran despistarle en cuanto a los verdaderos propósitos.

Los directores del «Intelligence Service» nunca dejaron de comprender el aprovechamiento que se puede obtener de informes erróneos, difundidos rápidamente por su poderosa organización y transmitirlos al mundo entero para inducir al error al adversario y desbaratarle sus proyectos.

En su edificio de Downing Street, el «Intelligence Service» tenía una oficina de informes tendenciosos, verdadero laboratorio de noticias falsas, cuyo vasto campo de acción se extendía a todos los órdenes: político, militar, comercial o financiero. Muchos rumores fantásticos, difundidos durante la guerra por gentes de buena fe, tuvieron su origen en esta extraña oficina, donde la mentira se cultivaba con un arte consumado y con una diabólica perversidad.

La noticia de un desembarco inglés en Alemania

Al comenzar la lucha, en el otoño de 1914, el «Intelligence Service» decidió despistar al Estado Mayor alemán sobre los verdaderos propósitos de Inglaterra. Es éste, quizá, el ejemplo más típico de la falsa noticia militar, que provoca en el campo enemigo importantes movimientos de tropas y desvía, hacia un sentido determinado, ciertas concentraciones que deseaba evitar.

Gracias a sus agentes, los jefes de la poderosa organización del espionaje inglés hicieron circular por entonces en Alemania la noticia—sin fundamento—de que la flota británica se disponía a desembarcar secretamente en la costa alemana varias divisiones, retiradas previamente, para esta maniobra, del frente francés.

Sin embargo, para preocupar al Estado Mayor alemán no bastaba con hacerle llegar un informe tan fantástico; era necesario, además, probarle que el Gobierno inglés había dado comienzo a sus preparativos para la invasión de Hannover.

El «Intelligence Service» organizó entonces una magnífica farsa. Se confeccionaron órdenes falsas, debidamente firmadas por el general en jefe; se reunieron en el puerto de Douvres numerosos navíos para el transporte de tropas imaginarias. Y se dió a la gran flota la orden de efectuar determinadas maniobras de reconocimiento, bastante significativas.

Ante todos estos documentos y estas pruebas, los alemanes se dispusieron a la defensa. Presurosamente prepararon trincheras y fortificaciones en distintos sitios del litoral. Reforzaron las defensas de sus costas, y hasta emplazaron, en los puntos más débiles de ellas, numerosas piezas de artillería de gran alcance, desembarcadas de los buques de guerra. A la nueva zona de operaciones se destinaron también numerosos contingentes de tropas, para lo cual hubo que descongestionar algunos frentes. Esto permitió a los aliados realizar ciertos movimientos que sin aquella superchería no hubiesen podido realizar.

Los rusos, en Inglaterra

Esta noticia de la invasión de Alemania por mar se completó y mejoró aún por la organización del «Intelligence Service». Los jefes del espionaje inglés hicieron de manera visible, en Diciembre de 1914, grandes preparativos para organizar a través de Inglaterra el transporte de un ejército ruso, cuya próxima llegada a Escocia se había anunciado. Llegó la farsa hasta el punto de requisar alojamientos y de disfrazar de cosacos a algunos agentes, que figuraban ser la avanzada de las tropas en viaje.

El anuncio de la llegada de los soldados rusos recorrió el país como un reguero de pólvora. La noticia se propagaba con toda suerte de detalles. Por un frecuente caso de sugestión colectiva, había personas que habían visto ya a los cosacos y que informaban minuciosamente sobre el número de las fuerzas expedicionarias, sobre su composición y su armamento.

Llegó a extenderse tanto la noticia, que se dió el caso de que una muchacha se fugó de casa de sus padres, y al regresar, tras algunos días de ausencia, declaró que había sido seducida por un oficial del ejército del zar. Fué llevado el asunto a los Tribunales por los padres, y, naturalmente, se pudo probar que el seductor ruso sólo había existido en la ardiente imaginación de la muchacha...

Despistar, desorientar...

Durante muchísimo tiempo se estuvo esperando a las tropas rusas que habían de unirse a las inglesas para realizar conjuntamente un desembarco en Alemania. En 1916, el «Intelligence Service» lanzó la noticia de que los transportes rusos habían salido ya de Arkangel, y que la escuadra inglesa se disponía a salir a su encuentro. Agentes de la organización fueron enviados al puerto de Plymouth para difundir la nueva noticia, que pronto corrió por todos los buques ingleses de guerra y halló un eco de impaciencia y de júbilo en los marinos. La ciudad entera lo sabía. Y la fuente no podía tener mejor crédito, puesto que los propios marinos anunciaban sus propósitos de marcha para reunirse con los barcos rusos.

Como era lógico, los espías de Alemania en Inglaterra no podían dejar de transmitir a sus jefes un informe de tal importancia. Y lo hicieron. El Estado Mayor alemán, desconcertado por noticias que llegaban con tal suerte de detalles, ordenó las más severas medidas de precaución en el mar del Norte. Hubo concentraciones de buques y movimientos de tropas. Según los informes recibidos, los ingleses, para llevar a cabo su anunciado desembarco en Hannover, esperarían la llegada de esos refuerzos rusos, a cuyo encuentro se disponía a marchar la flota de Plymouth. Alemania tenía que estar vigilante y distraer atención, fuerzas y material de otras zonas. El efecto de despistar, de desorientar, perseguido por el «Intelligence Service», estaba plenamente conseguido.

EVACUACION

Cómo viven fuera de Madrid los evacuados madrileños

EVACUACIÓN. La consigna para la población madrileña es ésta. Una consigna de la guerra que el pueblo, que tantas otras consignas de la guerra supo obedecer ciegamente, cumplía de mala gana, en su mayoría, y a costa de agotar en los encargados de imponerla todos sus recursos de persuasión.

—Poco a poco, mediante una campaña de propaganda hecha con argumentos tan convincentes como los que nos proporcionó la aviación fascista con las bombas que dejó caer sobre tantas barriadas de Madrid, la población civil va comprendiendo la necesidad de la evacuación, a la que, al principio, se resistían muchas familias, acaso por el legítimo afán de no alejarse de sus hogares, con todo lo que de valor material o sentimental se encierra en ellos, o por el temor a quién sabe qué supuestas inclemencias en los alojamientos provisionales que hubiéramos podido ofrecerles. Todavía se da algún caso en el que hay que servirse de los agentes de la autoridad para que los que deben ser evacuados salgan de Madrid. Pero son muchísimos más los que espontáneamente solicitan la evacuación que los que se resisten a ella.

El delegado, Enrique Jiménez; el subdelegado, Luis Ruiz Huidobro; el secretario general de la Delegación, Teodoro López Serrano; el secretario particular, Ignacio Jiménez, y Orencio Muñoz, y Ricardo Vinós, y Pedro Ramírez, y Angel Raez, y Vicente Olóriz, y Ramón Ripalda... Cada uno en una función distinta, dentro de las diversas cuestiones que el servicio de la Delegación plantea—pero todos animados por una misma voluntad de defender Madrid y de cubrir contra cualquier riesgo a los madrileños inermes—, explican así el estado de ánimo del vecindario ante las excitaciones oficiales al cumplimiento de la orden de evacuación.

—Desde que ocupa su asiento en el tren o en el autocar el evacuado, queda bajo la tutela del Estado; primero, representado por la Delegación de Evacuación de la Junta de Defensa, y luego, por el Comité Nacional de Refugiados, que cuida del mejor acondicionamiento en casas de familias, ofrecidas voluntariamente, o en las residencias, dispuestas convenientemente para albergues colectivos, donde ya se tiene prevista la asistencia a todo

género de necesidad—dice el delegado, Enrique Jiménez, que ha sabido cambiar la misión impopular que se le confiara en un servicio ya de clara expresión humanitaria para la población civil de Madrid.

Pero el subdelegado, Ruiz Huidobro, prefiere sustituir sus referencias interesadas por la impresión directa que la visita a una de estas residencias de evacuados madrileños me pueda ofrecer. Y pone un automóvil y un salvoconducto a mi disposición.

Como en los viejos cuentos de hadas

Un amplio parque circunda el palacio, de limpia estirpe arquitectónica española, que alberga un centenar de mujeres y dos centenares de chiquillos de los que las vicisitudes de la guerra han alejado de Madrid.

—Si le vamos a decir la verdad, de Madrid casi todas salimos a la fuerza. No porque la que más y la que menos no comprendiéramos que había que evitar víctimas inocentes en cada visita de la aviación, ni porque no nos gustase un viajecito... Pero es que tantas que se las daban de enteras le habíamos dicho a una que si a los evacuados los dejaban abandonados por el campo, sin más techumbre que un cacho de estera...

María Cruz, una madrileña castiza, del barrio de Usera, habla por las demás. Y las demás asienten. Las habían dicho... Pero no hay que fiarse demasiado de lo que se dice por ahí.

—Y al llegar aquí, nos parecía que era como en aquellos cuentos que nos contaban de chicas, en los que a una fregona se le aparecía un hada y la tocaba con una varita y la hacía dormirse, para despertar luego convertida en una princesa, en una alcoba de un palacio—sigue María Cruz.

María Cruz no es una fregona. Pero «tiene mucho fregao...»

—Con cuatro criaturas y el jornal de mi compañero, que es solador y se pasaba parao la mayor parte del año, como única renta, ¡lo que habrá tenido que hacer una!... Pero aquí, si una se descuida, hasta los chicos se los tienen a una lavaos y peinaos. Como en un Palace Hotel... ¡Si hasta tenemos baño!—pondera María.

Baño. Y ducha. Y un amplio salón, con confortables divanes empotrados en una lujosa librería, en los que charlar o leer, más cómodamente que pudieran hacerlo en las estancias del Lyceum Club Femenino aquellas damas intelectuales que hace unos años escandalizaron un poco el Madrid burgués y borbónico de rosario y novena.

Una vida de gran hotel gratuita

Los evacuados no tienen aquí impuesta obligación alguna. Servidos en cuanto pueden precisar, el que trabaja en algo es porque quiere.

—Cada refugio—me dicen—está atendido por el personal de limpieza, cocina, administración y sanitario que el número y la condición de los refugiados exige para su asistencia. Las habitaciones, arregladas; las comidas, puestas en el plato; la ropa, limpia. Y toda la libertad



La labor inteligente de la Delegación de Evacuación ha sabido cambiar la misión impopular que se le confiara en un servicio ya de clara expresión humanitaria para la población civil madrileña



No falta siquiera una biblioteca confortable, en la que las evacuadas leen más cómodamente que pudieran hacerlo en el Lyceum Femenino aquellas damas intelectuales que escandalizaron al Madrid burgués

de movimientos para cada evacuado, sin otra limitación que la obligada por la organización en colectividad.

Y el día entero para pasear, para leer, para comentar las noticias que llegan por la radio o por los periódicos. Como los agüistas en un balneario o los huéspedes de un gran hotel.

—Claro que no todos los evacuados sirven para permanecer reclinados en esa inactividad fácil que consiente el hospedaje gratuito que se les da. Entre los refugiados hay modistas, y sastras, y mecanógrafas, y algún carpintero o zapatero (por su edad o por su incapacidad física excluidos de toda posibilidad de servicio de guerra), que encuentran en los vecinos del lugar de su refugio o entre sus mismos compañeros de evacuación encargos de tareas en sus oficios respectivos, con los que obtienen, a la vez que un pasatiempo grato, ingresos para poder hacer sus pequeños ahorros.

Una jovencita que se llama Engracia Entreríos, costurera de oficio, y que en Madrid llevaba en paro forzoso casi un año, se ha hecho trasladar a su refugio la máquina de coser.

—Y si me siguen viniendo como hasta ahora los encargos—dice—, estoy viendo que tengo que establecerme aquí y tomar oficiales.

No dice cuánto ha ganado con su trabajo desde que llegó de Madrid. Pero lo dicen por ella sus compañeras de evacuación.

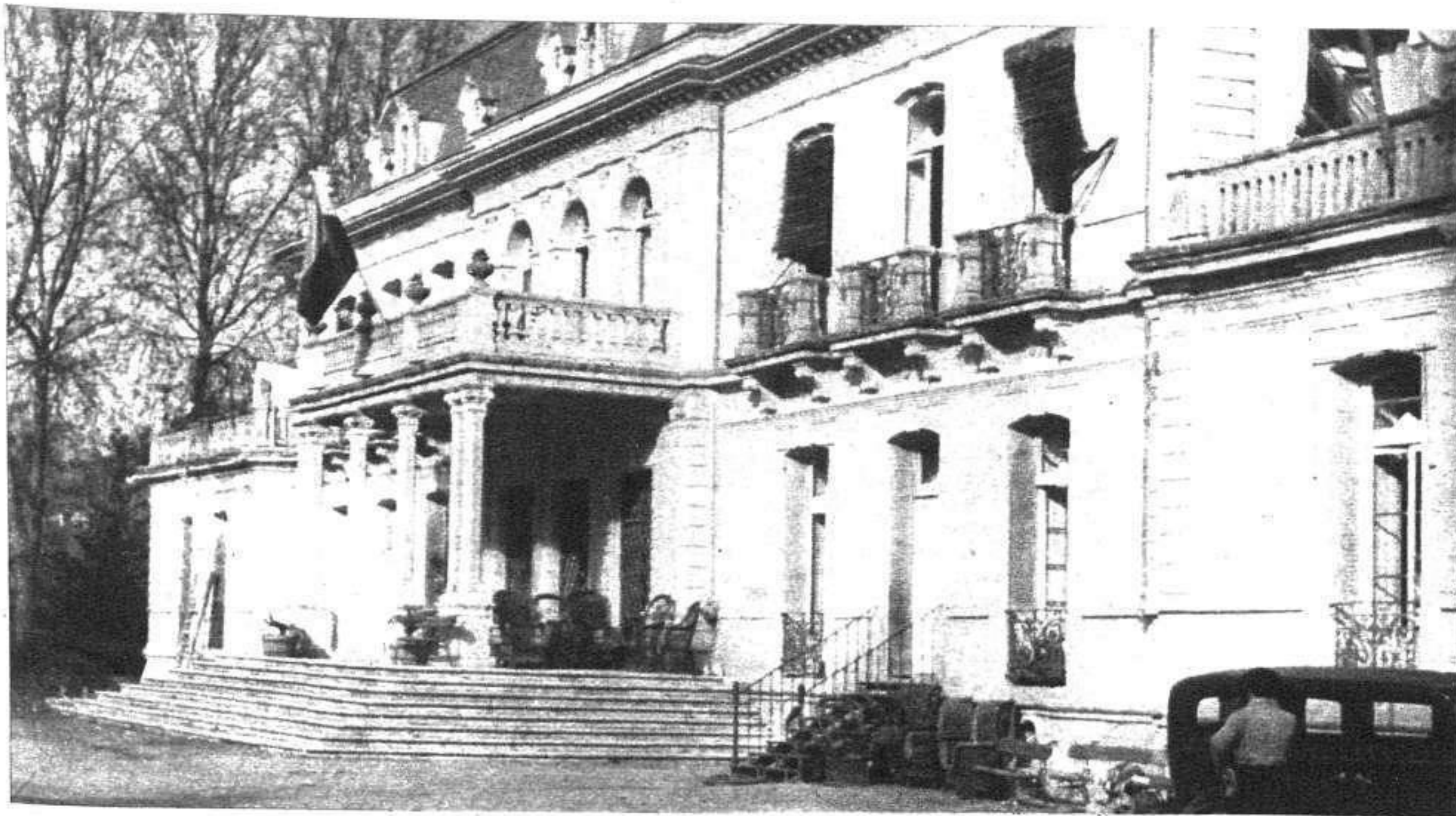
—Ya tendrá guardaos sus cincuenta duros, y no hace un mes y medio que «abrió la tienda».

Pero el industrial «más acreditado» es un viejecillo, zapatero, que arregla el calzado a toda la colonia.

—Ese se hace aquí rico. ¡Hasta unos zapatos a la medida ha confeccionao!

Se abren las bocas en la ponderación. ¡Lo que habrá ganado ya en la evacuación el zapatero!

Pero ahora no importa tanto esa ganancia como la tranquilidad de vivir. Y los evacuados viven tranquilos.



En este palacio se albergan un centenar de mujeres y dos centenares de chiquillos que la guerra alejó de Madrid



Los evacuados están servidos... El Estado atiende, con equipos de personal a sus órdenes, a todas las necesidades... Limpieza, cocina... Y a la hora de comer, no hay más que sentarse en el comedor...



Al servicio de los evacuados se halla dispuesto, en cada refugio, un equipo de asistencia, como este cuerpo de cocina, digno de un buen hotel de viajeros

Una consigna de la guerra que es una licencia de paz

Para los madrileños netos, para los auténticos madrileños, la consigna más penosa que podía imponer la guerra era la de evacuar Madrid. Porque Madrid, fuera de Madrid, apenas si supo vivir más que en el breve verano de los «botijistas» a Alicante, que era como si por quince días

cada verano Alicante fuese Madrid. Y apenas los episodios de la guerra lo consientan, cada madrileño evacuado buscará el camino más corto para regresar. Pero mientras la guerra lo consiente, ese Madrid que no puede servir a la guerra vive bien fuera de Madrid. Vive mejor, acaso, que ha vivido nunca. Y con una seguridad de «seguir viviendo» que Madrid no le podía dar.

JOSÉ ROMERO CUESTA

Héroes civiles de la guerra

El poeta de la calle

Luis de Tapia, poeta del pueblo, ha enmudecido. Los nervios del artista ya veterano en la vida y en el trabajo no han podido resistir la presión dramática de la guerra, y su cerebro, tantas veces vigía en vanguardia de todas las causas generosas, se ha nublado en una crisis dolorosa.

Con la triste enfermedad de Luis de Tapia, Madrid pierde, quizá en los momentos en que le es más necesario, su cantor más agudo y cordial. Luis de Tapia estaba impregnado de auténtica savia popular. Su musa, madrileña de raza, graciosa, recortada y un poquito chulapona, salía con el alba, cantando con la voz fresca de tinta nueva de imprenta, por las calles de Madrid. La canción de cada día era la sal, la protesta y la gracia de cada amanecer. Musa orgullosa de su origen plebeyo, un poco desmelenada, pero siempre espontánea y sincera, no hacía mucho caso de correctos afeites retóricos y desdeñaba galas académicas. Era una mocita del pueblo, limpia y salerosa, a la que le iba bien el aire libre de la calle.

Cantaba porque le salía del alma, y entre donaires y descaros iba sembrando verdades. Libre, honesta, republicana y revolucionaria, era digna compañera del poeta.

Luis de Tapia, pulido, cordial, henchido de sonrisa y de campechanía, iba del brazo de su musa. Idilio entrañable, fiel a lo largo de toda una vida. Sin una contradicción, sin un desmayo. Y, sobre todo, sin una claudicación.

La vida de Luis de Tapia ha sido una clara línea recta. Poeta, republicano y revolucionario a los veinte años. Revolucionario, poeta y fervoroso de la República, ya en las lindes de la vejez. Le apunta el bozo escribiendo aquellos «Evangelios» cáusticos de los tiempos del periodismo heroico y bohemio de Romeo, de Morote, de los Figueroa. Alcanza la celebridad—procesos, denuncias, excomuniones, mítines frenéticos y conspiraciones frustradas—exhibiendo en el escaparate algarero de la *España Nueva*, de Soriano, sus «Bombones y caramelos» ácidos y explosivos, purga de beatas y rejalar para los cucos.

Y ya, cuando la vida se remansa y dobla la edad típica de los desengaños, él salva en la travesía amarga de tantos años la fe juvenil, el ímpetu mozo, la consecuencia honrada. Las «Coplas del día» tienen la misma savia generosa, idéntica enjundia rebelde, igual intención generosa, que los «Evangelios» y los «Bombones».

La República—su sueño—le sorprende en su puesto de trabajo. No le pide más. No quiere más. Canta su aurora y desdeña regalías del triunfo. Es diputado en las Constituyentes. Mínima compensación a sus viejas derrotas electorales, cuando iba a luchar, sin más armas que su pluma, contra el dinero de los caciques y las violencias de los «encasillados».

La Revolución—su ensueño—le sorprende también cantando. Saluda, con ímpetu claro, su amanecer rojo. Es Luis de Tapia, como siempre, el poeta de los humildes, de los luchadores anónimos, de la brava gente del pueblo.

Sus coplas tienen, en los días febriles de Julio, cadencias inflamadas de himnos. Las cantan las masas populares, enardecidas en la contienda. No hay gesto generoso, hazaña popular, heroísmo miliciano, que no tengan al día siguiente su glosa lírica en las coplas de Tapia. Vive, sufre, canta y ruge con el pueblo. Lloro con sus dolores y crepita con sus rebeldías.

Pero ya al pecho le falta la palpitación rítmica, que es el poderío de la salud; los nervios, tantos años tensos como cuerdas de ballestas en combate, no resisten la pulsación continua y febril. La guerra tiene dedos de acero, y la lira ha servido mucho, está débil, gastada. Luis de Tapia, sexagenario, luchaba sin poder; aun el alma se le iba en canciones y en los labios le florecía la sonrisa. Pero era tarde ya. La última vez que le hablamos, en su casa de la calle de Velázquez, fué una de aquellas mañanas de otoño con el ambiente preñado de noticias tristes. El poeta preparaba su viaje a Levante, en busca de un reposo que le imponía, contra su voluntad, la ciencia.

Había un rictus de amargura en su boca, al decir:

—Esto ha llegado tarde para mí. Estoy viejo, agotado... Mi única pena es pensar que no veré el final...

El artista, el hombre bueno, el poeta del pueblo, sufre invalidez dolorosa. Es una víctima más de la guerra, un nombre ilustre más que añadir a la teoría de héroes cívicos en que la lucha florece. Héroe liberal, civil, tan digno mañana del laurel de la victoria como el miliciano que deja su vida en la trinchera. Ha caído en la lucha, no por incruenta menos dura; no por tácita menos generosa y abnegada. Madrid no tiene ya su poeta, pero tiene un héroe más.

ALVARO REAL

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



—Vais a ir con el cobrador a casa de uno que no se sacude la tela ni en broma. Si tiene que necesitar de vuestros servicios, le ayudáis... ¡Nos ha matado diez cobradores!



—Bueno, yo subo, y si me veo en peligro, tiro una perrachica, y subís en seguida.

—¡Nada! ¡Salud, compañero!



—Conque la facturita de todos los días, ¿eh? ¡Tú cobras, vaya que sí!

—Como me toque un botón, tiro esta moneda... y veré lo que le pasa.



—¿Qué estáis esperando? ¿Por qué no habéis subido?...

—¡Anda, porque no encontramos los cinco céntimos por ningún lado!

Emilio Ferrer



Los bocadillos han invadido las aceras...



A la calle han salido los restos de las cererías...



«¡Gasolina para los mecheros!»...



Los hornillos eléctricos tienen una gran demanda...

El pequeño comercio ambulante que la guerra ha hecho surgir

La nueva fisonomía de las calles madrileñas

La guerra ha multiplicado considerablemente el número de las pequeñas industrias callejeras.

La iniciativa particular sale inmediatamente al paso de la necesidad colectiva: pequeños inventores, modestos arbitristas aguzan diariamente el ingenio para ofrecer al público, si no el completo remedio a sus ansias de consumo, al menos el sustitutivo consolador que no le defraude totalmente.

Tiene de simpático este auge del comercio callejero que el lucro se reparte democráticamente. No son artículos con marca de fábrica, propicios a la exclusiva y el acaparamiento. Se ganan pequeñas cantidades, pero se reparten bien. La competencia es libre y no hay patentes industriales; cada cual se ingenia por poner en circulación su mercancía útil, y ni siquiera en la propaganda hay rivalidades publicitarias: todo se hace a voz en grito entre el bullicio cordial de la calle.

Uno de los pequeños grandes negocios de la guerra han sido, en dos ocasiones, los forros o tapas para las cartillas de abastecimientos. Se han vendido a treinta y cinco o cuarenta céntimos. Un vendedor, en Torrijos, confiesa su *record*. Fué de los primeros en lanzar la novedad, y hubo día que vendió mil quinientas tapas.

El comercio callejero que ha adquirido mayor auge y más nutrida representación está, naturalmente, relacionado con las subsistencias: los bocadillos, que antes se despachaban en bares, cafés y pastelerías, han invadido las aceras. Son el negocio de mayor público, y también el que ofrece más campo a la inventiva particular. Lo que podemos llamar «clásico»—el bocadillo de jamón, de salchichón, de anchoas—ha sido, forzosamente, derrotado.

No son tiempos de quimeras. Pero, en cambio, ha surgido toda una gama de combinaciones alimenticias, inéditas unas, absurdas las más, que con un poco de buena voluntad resuelven, si no el apetito, la ilusión de la merienda callejera. Bocadillos de tortilla auténtica y de «tortilla sin huevo», diabólica invención que, si no muy nutritiva, deja, con un poco de imaginación, un sabor agradable... Bocadillos de guisantes, de butifarras de origen desconocido, de morcillas de misteriosa fabricación... El mejor negocio, el que se comenta entre los vendedores como antaño entre gastrónomos los cochifritos de Botín, es el de bocadillos de carne de caballo... Los nuevos «pepitos» tienen un éxito enorme. Se venden a setenta céntimos, a una peseta veinticinco y a dos pesetas, según el tamaño, y se agotan rápidamente. Mil quinientos diarios expende un solo vendedor, en el barrio de Salamanca.

Después de las materias alimenticias, sigue en importancia de venta cuanto se relaciona con el combustible. Los hornillos eléctricos, pese a las restricciones de las Compañías suministradoras de fluido, tienen gran demanda. Se venden a veinticinco y treinta pesetas los más historiados, y a siete, el modelo que acaba de lanzar en el mercadillo de Torrijos un profesional sin trabajo: es un simple ladrillo refractario, horadado por unos pequeños surcos que albergan la resistencia; pobre de atuendo, rico en calorías, la gente se los quita de las manos.

Las averías del fluido obligan a la previsión. Las bujías de cera se han agotado en las tiendas, y han salido a la calle los restos de las cererías, el material roto, los cabos deteriorados, que, aprovechados en pequeños trozos, todavía rinden para vivir a un puñado de vendedores.

La bonanza del tiempo trae el declive de otro comercio ambulante que durante todo el invierno ha sido pingüe: el de los gorros a la moda rusa, los pasamontañas de hule, las gorras a «lo Durruti»...

De tres a diez pesetas se venden muy bien para completar el atuendo de los milicianos auténticos, y también, ¡ay!, para camoufflar la apariencia de los muchos paseantes decorativos y los incontrolados de la retaguardia, con los que ahora va a acabar, dichosamente, la recluta forzada proyectada por el Gobierno.

Con la alimentación y el combustible, la higiene ocupa los primeros puestos en el comercio callejero: han salido a la venta los «fondos» de todas las droguerías y perfumerías, las pastillas de jabón de marcas famosas y los lingotes anónimos, antes desdeñados por la coquetería. Se vende todo; los madrileños tienen ahora el lujo forzoso de jabonar sus ropas con perfumes deleitosos. Y cuando no, con la cáustica lejía, sustitutivo energético que se vocea en las esquinas, y cuyo gran consumo es elocuente prueba de nuestros afanes higiénicos.

El más modesto, el más pobre de los *bouquinistes* madrileños se sitúa a la entrada del Metro de Goya. Es un anciano tímido, casi inválido, que ofrece con voz trémula:

—¡Gasolina para los mecheros!

El hombre porta una botella con cánula metálica, y surte al transeúnte sin estipendio previo. La voluntad del consumidor es su retribución. No se dirá de él que es un logrero a favor de las circunstancias. Váyase por los muchos otros que aún, en la tragedia que todos vivimos, encuentran patente de corso para pescar en el río revuelto de la necesidad.—J. F.



Se vende la lejía en las aceras...



Pasamontañas de hule, gorras a «lo Durruti»... (Fots. Vide)

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203

BARCELONA

Conservas **TREVIJANO**



**mundo
gráfico**

BARCELONA EN FAVOR DE LOS COMBATIENTES

La Sección Femenina de Guerra del Casal d'Esquerra de Barcelona ha organizado una tómbola a beneficio de los heridos en la lucha. He aquí a algunas milicianas del Casal vendiendo en las calles barcelonesas números de la tómbola

(Fots. Torrents)